

¿Y si yo fuera una persona
refugiada...?
Comenzar de nuevo en otro país

Cuentos de jóvenes
sobre personas refugiadas

2012



**UNHCR
ACNUR**

La Agencia de la ONU para los refugiados



**¿Y si yo fuera
una persona refugiada...?
Comenzar de nuevo en otro país**

Cuentos de jóvenes sobre
personas refugiadas

2012



COEDICIÓN: Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF), Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred).

EDITOR RESPONSABLE: Alberto Nava Cortez. CUIDADO DE LA EDICIÓN: Bárbara Lara Ramírez.

CORRECCIÓN DE ESTILO: Haidé Méndez Barbosa.

DISEÑO Y FORMACIÓN: Analaura Galindo Zárate.

DISTRIBUCIÓN: Jacqueline Ortega Torres, Eduardo Gutiérrez Pimentel, José Zamora Alvarado y María Elena Barro Farías.

Primera edición, 2013

D. R. © 2013, Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal
Av. Universidad 1449, col. Florida, pueblo de Axotla,
del. Álvaro Obregón, 01030 México, D. F.
www.cd hdf.org.mx

D. R. © 2013, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados
Cervantes Saavedra 193, oficina 1402, col. Granada,
del. Miguel Hidalgo, 11520 México, D. F.
www.acnur.org

D. R. © 2013, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Dante 14, col. Anzures,
del. Miguel Hidalgo, 11590 México, D. F.
www.conapred.org.mx

ISBN CDHDF: 978-607-7625-68-1

ISBN Conapred: 978-607-7514-75-6

Los cuentos contenidos en esta publicación fueron escritos y presentados en el marco de la edición 2012 del concurso de cuento ¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país, organizado por la CDHDF, el ACNUR y el Conapred. El contenido de los cuentos es de la autoría de las y los jóvenes que los escribieron, y no refleja necesariamente las ideas de las instituciones que participan en esta coedición.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta

Impreso en México

Printed in Mexico

Índice

| | |
|---|----|
| Introducción | 5 |
| Hamdi Bukhari | |
| Luis González Placencia | |
| Ricardo Bucio Mújica | |
| Palabras del representante del jurado | |
| Felipe de la Lama Noriega† | 17 |
| Cuentos ganadores de la edición | |
| A través del monzón | 23 |
| Linda Patricia Martínez Rodríguez | |
| Desde aquí | 27 |
| Leonardo Daniel Naranjo Martínez | |
| Historia de Minné, una refugiada guatemalteca en México | 31 |
| Mireya Loreley Cruz de la Cruz | |
| Una esperanza | 37 |
| Jesús Rojas Díaz | |
| Liberando mi corazón afgano | 45 |
| Daniela A. Ruiz Martínez | |
| El mismo cielo | 51 |
| Ana Karen López Salas | |
| Lluvia de sol | 57 |
| Paulina Carolina Camarena Cundapi | |
| Algo que ella debe hacer | 61 |
| Ricardo Antonio González Vela | |

Introducción

Hamdi Bukhari
Representante de ACNUR en México

Buenos días a todas y todos ustedes.

Saludo afectuosamente al licenciado Ricardo Bucio Mújica, presidente del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred).

Igualmente, saludo al doctor Luis González Placencia, presidente de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF).

Agradezco la presencia de Katya Somohano, coordinadora general de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (Comar); y del señor Felipe de la Lama Noriega, refugiado español en México, antiguo colega de las Naciones Unidas y miembro del jurado del certamen de este año.

Quisiera comenzar mi intervención dando una calurosa felicitación a todos los chicos y chicas que participaron este año en el quinto concurso de cuento ¿Y si yo fuera una persona refugiada...?, y de manera muy especial a las y los ganadores que nos acompañan en este día.

Les pido a todos que les demos un fuerte aplauso, ya que son ellos la razón que nos ha reunido en este día.

También hoy estamos aquí por una causa que no deja de ser muy difícil: el hecho de que en todo el mundo existen 43 millones de personas que han tenido que huir de sus comunidades a causa de la persecución, de graves violaciones a los derechos humanos, a causa de la discriminación exacerbada, de los conflictos armados y de la violencia.

Resulta terrible pensar que cada minuto, ocho personas alrededor del mundo son forzadas a huir de sus hogares. Se trata de mujeres y hombres, pero también de niñas, niños y jóvenes que en la realidad están viviendo las situaciones terribles que ustedes se atrevieron a imaginar al escribir sus cuentos.

Ustedes, jóvenes que participaron en el concurso, se animaron a considerar las mismas decisiones de vida o muerte que los refugiados se ven forzados a tomar cuando deciden huir: ¿quedarse y arriesgar sus vidas en el conflicto?, ¿escapar dejando atrás a sus seres queridos?, ¿arriesgarse a ser maltratados o a morir tratando de huir?

En realidad, nadie elige convertirse en refugiado.

Para el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) este concurso es una gran apuesta; nosotros creemos que vale la pena que cada uno de nosotros se permita ponerse en los zapatos de las personas refugiadas y pensar cómo sería su vida si se vieran obligados a huir de su país y tener que comenzar de nuevo sus vidas en un lugar extraño.

¿Cómo sería para ti dejar tus planes de vida suspendidos, a veces para siempre? ¿Cómo sería no saber si regresarás a tu casa, a tu colonia, a tu ciudad, a tu país? ¿Qué estarías dispuesto a dejar atrás con tal de salvar tu vida?

Tal vez ponernos en esta situación nos haga más conscientes de lo difícil que es para las personas refugiadas construir una nueva vida, y lo que significa para cada uno de ellos encontrar la solidaridad de la población que los recibe. Porque cuando un país le abre las puertas a un refugiado, le salva la vida.

Todos podemos hacer mucho para hacer más llevadera la vida de los refugiados que llegan a México:

- Conviviendo con ellos sin prejuicios por su raza, por su religión o por su nacionalidad.
- Rentándoles una vivienda, sin discriminación por ser extranjeros o por no contar con un aval en México.

- Contratándoles para aquel trabajo o servicio que estamos buscando cuando ellos tienen las habilidades necesarias para el puesto.
- Participando como sociedad civil en la construcción de una cultura respetuosa de la diversidad.

Todos ustedes quienes participaron en este certamen ya están poniendo su granito de arena en promover el respeto hacia las personas refugiadas, reflexionando lo que significa ser refugiado.

Este año, el ACNUR cumple 30 años de presencia en el país; 30 años de trabajar junto con las autoridades mexicanas, principalmente con la Comar, y con la sociedad civil y organizaciones de derechos humanos como la CDHDF y el Conapred.

A pesar de que existen casos de discriminación hacia las personas refugiadas, en estos 30 años también hemos visto a muchos mexicanos y mexicanas comprometidos con mejorar las condiciones de vida de las personas refugiadas que han llegado a México. Y este concurso para nosotros es un ejemplo más de cómo existen muchas personas en México para quienes una sola persona que es obligada a huir les resulta demasiado.

Les agradecemos su interés, sus palabras y su entusiasmo. Enhorabuena a las y los ganadores.

Muchas gracias.

Luis González Placencia
Presidente de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal

Muy buenos días a todas y a todos. Me da mucho gusto saludar al licenciado Ricardo Bucio, presidente de Conapred; a Hamdi Bukhari, representante de ACNUR en México; a Katya Somohano, coordinadora general de la Comar; y a don Felipe de la Lama, que una vez más, como desde hace ya muchísimo tiempo, nos ha prestado su colaboración para ser jurado en este concurso.

Yo quiero decirles que ésta es sin duda una de mis actividades favoritas en el año. Me da muchísimo gusto estar una vez más aquí en esta ceremonia de premiación; primero, porque eso siempre da la oportunidad de constatar la empatía que es posible plasmar en un texto, en un cuento o en una propuesta literaria de jóvenes, hombres y mujeres en edad escolar, que demuestran en esos cuentos mucho más de lo que está ahí escrito: demuestran su conocimiento de situaciones que uno pensaría que están muy lejanas de sus realidades cotidianas, demuestran el conocimiento de conflictos que están viniendo de personas –ellas y ellos– en otros lados del mundo, pero particularmente demuestran esta empatía con esos sentimientos.

A mí me parece que el mecanismo de hacer un cuento tiene la gran virtud de que más allá, digamos, de permitir hacer una exposición de lo que se sabe acerca de temas tan importantes como el del refugio o el asilo, permite transmitir un sentimiento, permite transmitir lo que desde la vivencia imaginada de todas y todos estos jóvenes significa la situación de asilo o la situación de refugio;

y mi opinión es que éste es el valor más importante que tiene este evento.

Como en todos los concursos, siempre debe haber ganadores –los modelos de competencia eso generan, ganadores–, pero creo que éste es uno de los casos en donde se puede decir que, si bien los ganadores están representados hoy por un conjunto de jóvenes que están aquí con nosotros y que se merecen ese lugar sin duda, en realidad representan –como dije– a quienes son ganadores en un sentido mucho más amplio, que son todas y todos los jóvenes que se atrevieron a mandar un cuento, a participar, a poner en esta pieza literaria que sometieron a consideración del jurado sus sentimientos, su percepción, lo que ellos piensan acerca de lo que significa ser refugiado o estar en una situación de asilo. Y eso creo que es un gran valor, porque tengo entendido que en esta ocasión se recibieron dos mil propuestas, lo cual da cuenta de una participación valiosa de jóvenes en el concurso.

Otro tema que quiero destacar es que, como comentábamos hace un momento, ahora los y las ganadoras del concurso provienen de escuelas públicas. En el pasado los ganadores venían de escuelas privadas, ahora vienen de escuelas públicas. Eso también me da muchísimo gusto porque es, primero, un indicador de interés de que en la esfera de la educación pública tengan temas como éstos. Me parece que también puede ser un indicador interesante de que estamos hablando de jóvenes que no tienen en su vivencia directa el tema del refugio –probablemente sí o probablemente no–, pero el que la participación de escuelas públicas haya sido tan copiosa me da una idea clara de que esta problemática no le es ajena a las y los jóvenes mexicanos, y creo que eso también hay que celebrarlo.

Y me parece que es una gran oportunidad, además, para conocerlos. Siempre es un gusto poder convivir aunque sea un ratito con ellas y ellos, que seguramente en el futuro estarán, dada la sensibilidad que han demostrado desde ahora, conviviendo continuamente con temas como los que nos preocupan a quienes estamos sentados en esta mesa. En ese sentido, además de felicitarles por la participación y por haber ganado premios en este concurso, les doy

la bienvenida a este círculo de personas interesadas en estos temas, ya que esto casi siempre funciona como en espiral: o los papás los han metido en estos temas o bien ustedes tendrán que ir metiendo a sus papás o familiares en estos temas; y yo creo que eso también tiene un valor de reproducción de la sensibilidad y del compromiso que hay que tener con estos temas.

Así es que, bueno, el momento importante será cuando escuchemos la lectura de sus cuentos, yo en este momento lo dejo hasta aquí. Les reitero la felicitación y el compromiso de la Comisión y de todos los que hemos colaborado desde hace mucho tiempo en este certamen para apoyarles en el futuro en lo que decidan hacer. Muchas gracias.

Ricardo Bucio Mújica
Presidente del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Primero, agradezco a ACNUR y a la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal por esta sociedad que ya tenemos. Estas instituciones durante siete años, que no sólo se reflejan en este concurso de cuento, han emprendido una serie de acciones interesadas en promover los derechos de las personas que son refugiadas y solicitantes de asilo y de refugio. Creo que esta articulación es una manera muy virtuosa de tratar de que las instituciones públicas sean de carácter local, nacional e internacional; y de que pongamos lo necesario para poder potenciar también la posibilidad de que la ley se cumpla.

Hoy, como sabemos, la ley dice a través de nuestra Constitución que todas las personas somos iguales en derechos, pero el cumplimiento de esto es muy complejo si no hay mecanismos para hacerlo realidad; y no sólo mecanismos desde cada una de las personas, familias o escuelas, sino también desde las instituciones públicas.

También quiero agradecer y felicitar a Katya Somohano, que lleva casi seis años dirigiendo la Comar. Creo que quienes conocemos un poco el trabajo de derechos humanos, y que tiene que ver con este tema y con migración, sabemos lo que ha cambiado la Comar. En este periodo de cambio ha sido una impulsora fuerte, quizás la principal impulsora, del marco legal que tenemos de la Ley sobre Refugiados y Protección Complementaria, y también de unos procedimientos y de una institucionalidad que no existía. Pese a que

México ha sido históricamente un país con una tradición de asilo y refugio, creo que durante muchos años la parte procedimental y legal para poder hacer esto realidad estuvo muy de capa caída; y en la gestión de Katya Somohano esto se ha modificado sustantivamente. Muchas gracias Katya, además, porque has hecho esto también sumando actores públicos y privados, y haciendo que muchas instancias tengamos ahora un interés que no había sobre el tema de los refugiados.

Y agradezco también a don Felipe de la Lama, quien ha estado con nosotros todos estos años y –como nos comentaba antes de empezar– está cumpliendo 70 años de vivir como refugiado en México, y que es una persona que también da cuenta de que éste no es sólo un tema de estadísticas o de cifras. Es un tema con una enorme cantidad de situaciones dolorosas que a veces podemos ver gracias al trabajo de ACNUR en el mundo, pero que a veces nos parecen muy lejanas, sobre todo en aquellos lugares donde no sólo hay mecanismos institucionales sino que, en lugar de espacios residenciales de carácter permanente, existen campos de refugiados donde las personas tienen que vivir temporadas pequeñas o muy grandes sin poder asentarse adecuadamente para poder hacer un proceso de vida como el que don Felipe y muchas personas refugiadas han hecho en México.

Y termino esta parte agradeciendo enormemente el trabajo de ACNUR: 30 años de esta agencia de Naciones Unidas en México que, sin demeritar a las otras agencias de las Naciones Unidas, es la que tiene más trabajo de tierra. Los organismos internacionales de Naciones Unidas son muy importantes, toman decisiones muy importantes, pero a veces los procesos son muy burocráticos, muy largos, muy lentos. ACNUR no puede permitirse eso, ACNUR tiene trabajo todos los días, todos los años, directamente con personas; y además tiene que hacer estos procesos para que se definan políticas públicas nacionales e internacionales. Muchas gracias por estos 30 años en México.

Hay casi un millón de personas extranjeras en nuestro país, según el censo de 2010. Y tenemos un número indeterminado

de personas migrantes e indocumentadas y solicitantes de asilo y refugio; esas personas no están consideradas en el censo por una serie de políticas y una serie de temores fundados e infundados, no son personas que dan cuenta formalmente de su estancia aquí. Entonces, en realidad no sabemos cuántas personas extranjeras hay en México, ya sean residentes, que estén en tránsito o que estén buscando asilo político por parte de nuestro país. En todo caso, es un número muy importante de la población, puede ser 1% o más de la población mexicana; y creo que cuando 1% de las personas —una de cada 100— esté en esa situación es un asunto de interés para los demás. No es un asunto de minorías, sobre todo por lo que tratamos en conjunto, seamos parte de minoría o no: que todas las personas podamos vivir en condiciones adecuadas, que todas las personas tengamos la posibilidad de desarrollo, que a nadie se le vea afectado o truncado o imposibilitado su proyecto de vida, que nadie pierda la vida por condiciones inadecuadas, ilegales e injustas.

Creo que este número que también nos da el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) y la situación que vemos que hoy día viven muchos migrantes que están en tránsito en México dan cuenta de que tiene que ser una tema de mayor interés para la sociedad en su conjunto y no un tema de instituciones especializadas.

Por eso es una buena noticia tener casi 2 300 cuentos que se han escrito en todo el país, casi en todas las entidades federativas del país. Esto ha ido aumentando el número de cuentos, de participantes, de escuelas y el número de entidades federativas; me parece que también en la calidad de los cuentos y en la posibilidad de tener —como mencionaba Luis González Placencia— estos mecanismos de empatía que son necesarios con algunas poblaciones que sufren situaciones especiales de discriminación, que las sufren cuando llegan o que las sufrieron antes.

Como yo mencionaba, cuando una persona solicita refugio o asilo es porque ha vivido una situación extrema de discriminación por su tono de piel, preferencia sexual, ideas políticas, religión, por su situación socioeconómica o adición política, y ha tenido que de-

jar el lugar donde estaba. Y por esa situación extrema de discriminación llega a México, muchas veces a enfrentarse a otra situación de discriminación, y desgraciadamente a otra situación extrema de discriminación.

También sabemos de casos específicos donde muchas personas migrantes pierden la vida en nuestro país, son extorsionadas o son víctimas de delito y, como decimos aquí coloquialmente, parece que van de Guatemala a *Guatepeor*. Y esperaríamos que cuando llegaran a México tuviéramos una posibilidad distinta de respetar sus derechos; eso legalmente está reconocido pero no se da si como sociedad no nos ponemos en los zapatos de los refugiados. Por eso quisiera agradecer a las chicas y los chicos que escribieron, sobre todo por ponerse en los zapatos de los otros. Evidentemente escribir es un trabajo importante, tiene su chiste, tiene su técnica necesaria; pero ponerse en los zapatos del otro es mucho más difícil que escribir el cuento. Creo que si los cuentos y este trabajo literario nos ayudan a promover un proceso en donde no sólo quien escribió el cuento sino también su familia y su escuela se ponen en los zapatos de los otros; y si nos ponemos cada día en los zapatos de quien sufre algún tipo de discriminación, entonces estamos contribuyendo a formar no sólo futuros premios nobel de literatura sino también futuros sucesores y ciudadanos como los que necesitamos en este país, que creo que adolece de una enorme serie de cuestiones en su democracia –lo sabemos todos y todas–, pero también adolecemos de una cultura democrática como la que necesitamos para poder ser el país que necesitamos. No van a ser sólo las autoridades quienes lo hagan.

Termino sólo comentando una cuestión que nos llamó mucho la atención, y que es el aumento de las situaciones de violencia que se expresan en los cuentos y que no estaban en los años anteriores cuando vimos el desarrollo de los cuentos. Creo que sería bueno para Comar: que en todos los cuentos de hace siete, seis, cinco, cuatro años también veamos qué es lo que se está modificando en los conceptos, en los criterios, en los contenidos que escriben ustedes en los cuentos. Ahora el tema de la violencia surge cada vez

más, está formando parte de nuestro cotidiano, está haciéndose una situación cuasipermanente en el país. Como antes decíamos, en los setenta y en los ochenta, de las crisis económicas, que eran pasajeras; ahora parecía que esta violencia es pasajera, pero ya lleva varios años y se va instalando también en el imaginario colectivo. Y es un signo de alerta, pues lo estamos percibiendo; eso está muy bien porque necesitamos conocerla para ver cómo terminar con ella. Pero lo que es un signo de alerta es que no nos acostumbremos y no normalicemos ni la violencia ni ningún tipo de discriminación. Muchísimas gracias y muchas felicidades.

Palabras del representante del jurado

Felipe de la Lama Noriega¹

Muchas gracias. Antes que nada quiero agradecer al ACNUR por esta invitación que ya se ha repetido varios años. Para mí es un honor poder participar como jurado en estos concursos; y al mismo tiempo, es un honor para mí estar en esta mesa, compartiendo con personalidades que están tan involucradas en un tema que a mí obviamente me apasiona y me involucra. Yo soy refugiado, yo llegue hace 70 años a México como refugiado político; ya me siento completamente hispanomexicano, pero no dejo de olvidar y de sentir lo que es ser refugiado.

Creo que es muy valioso y muy importante, como ya lo han señalado, el aumento que ha habido de participantes, de participaciones. Para mí esto también es una oportunidad de poder compartir, de conversar con los jóvenes a través de lo que han escrito.

Debo reconocer que en un principio me desconcerté un poco porque el concurso era “Y si yo fuera un persona refugiada”. Entonces yo pensé que la tónica iba a ser yo soy un refugiado, cada uno iba a hablar de su propio yo y me iba a contar cómo manejaría, cómo sobreviviría, cómo podría adaptarse siendo un refugiado. Leí unos cuentos y dije “¿qué no han agarrado la onda?”; no me había dado cuenta de que si la mayoría no lo había captado así, el que estaba equivocado era yo. La democracia es eso: si la mayoría no está de acuerdo conmigo, yo tengo que estar de acuerdo con la mayoría;

¹ *In memoriam*

y creo que eso fue valioso, porque no fue solamente ponerse en los zapatos, como dice el compañero, sino que se vio una investigación, un interés, una búsqueda, en algunos casos muy fantástica pero no por eso menos valiosa.

Entonces yo sí los felicito, no sólo a los que ganaron, a los que fueron seleccionados. Yo no hablaría de perdedores porque creo que los que no fueron seleccionados también ganaron algo: el hecho de haber investigado, de haber buscado, de haberse dedicado a escribir, porque les tomo muchísimo tiempo; había unos cuentos de cinco o seis cuartillas y otros más cortitos, y era muy agradable leerlos y ver cómo en casi todos había algo en común, que era esa investigación y esa curiosidad. Sí, es cierto, había un aumento de violencia, de manejar la situación de una forma muy agresiva, eran víctimas de una violencia verdaderamente salvaje; en otros casos no lo habíamos visto así, era más el hecho del refugiado, del que huye de una situación política o de una situación desagradable, peligrosa.

Por eso es muy importante que hayamos llegado a más de dos mil, a 2283. ¿Se dan cuenta de la cantidad? No los leímos todos, hubo una selección previa; pero sí, francamente fue muy estimulante, nos tuvimos que dedicar varios días a esto. Yo cada vez que leía algo me daba tristeza tener que rechazar algunos cuentos; eran unos cuantos premios y, comparados con los 2283, pues claro, quedaban muchos fuera y nos daba tristeza —creo que mis compañeros del jurado estarán de acuerdo— el ir eliminando y llegar a esos pocos que recibirán el premio. Pero yo creo que los demás también merecen una felicitación, un estímulo por haber participado; no fue fácil, en todos había frescura, había una espontaneidad que es muy válida a su edad y que, bueno, no la pierdan, es válida con cualquier escritor. Ojalá sigan por ese camino.

Ahora voy a señalar unos detalles en los que coincidimos el día que nos reunimos todo el jurado. En algunos de los escritos se notaba la mano de un adulto. No tenía caso; lo bonito, lo interesante, es ver cómo se expresan los jóvenes. Claro, pidieron ayuda, pidieron apoyo. Hubo alguna mano negra ahí, pero deben pensar esto: como dicen en el norte los jurados, somos lagartijas muy pe-

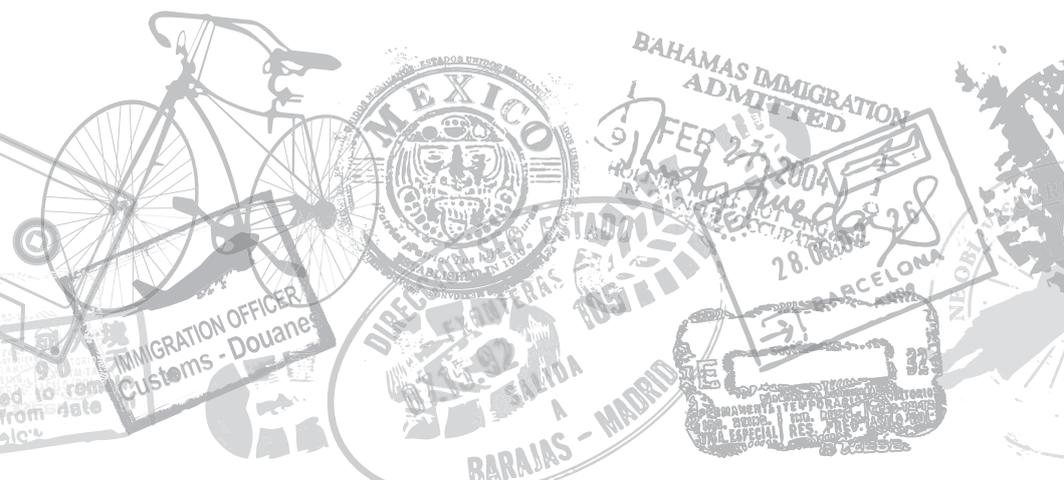
ñiascadas, y entonces descubrimos ese tipo de mano ajena; de todas formas era válido.

Y ya para finalizar, después de felicitarlos –y de veras para mí es un honor poder leer todo esto, poder compartir con ustedes, compartir esta mesa–: cuiden su ortografía, fue uno de los detalles que más nos afectó al jurado en general. Porque es muy bueno que escriban, pero yo les recomendaría: si les gusta escribir –toda su vida van a tener que escribir, no es solamente el chateo ese cabalístico que se usa ahora (que se tiene que tomar un curso para saber qué es lo que se dicen en el chat)–, van a tener que escribir como mandan las reglas de la ortografía; y pues el hablar, el lenguaje escrito y hablado es un medio de comunicación. Qué tal un escrito con faltas de ortografía, es como si un orador pues fuera tartamudo o estuviera lleno de muletillas (*este...*, *o sea...*), que es como se les ocurre a muchos oradores; se pierde mucho cuando uno ve faltas garrafales, espantosas, de ortografía.

Yo empecé a corregir por un vicio que tengo, pues en la oficina de las Naciones Unidas me tocaba corregir textos. Y llegó un momento que parecía que los cuentos tenían sarampión, ya no les podía seguir poniendo tanta marca; entonces opté por ya no corregir y dije “me lo reservo para decirles que lean mucho”. La lectura es muy agradable, la lectura enriquece, la lectura desarrolla la imaginación. Ya no la televisión o el cine, que nos dan todo digerido; en cambio, la lectura nos obliga a pensar y a imaginarnos, y a través de la lectura van a mejorar su ortografía. Esto nada más de un viejo maestro, pero es una recomendación que les hago, independientemente del gusto que me dio ver cómo habían investigado, cómo habían buscado detalles y cómo habían narrado en una forma bastante congruente todo lo que pensaban que le podía haber sucedido no a ustedes –porque me están hablando de otro personaje–, sólo que me desconcertó un poco; pero a fin de cuentas fue valioso. Los felicito nuevamente; agradezco la oportunidad de estar aquí nuevamente y espero que me sigan considerando como jurado y ser parte de ACNUR después de esto. Muchas gracias y felicidades a todos.



Cuentos ganadores de la edición 2012



A través del monzón*

Linda Patricia Martínez Rodríguez

Otra pesadilla. Ya era la cuarta en esta semana. Quizá quinta. La de hoy fue más fuerte, más real. Volvía a estar entre la multitud, corriendo desesperada por salvar mi vida. Escapaba de una próxima guerra civil en Siria. Además, esta vez mi pesadilla estaba amenizada por los gritos agonizantes de tanta gente que vi morir esa noche.

Di una bocanada de aire. Estaba sudando cuando volví a la realidad, miré a mi alrededor y nada había cambiado: continuaba el cielo oscuro y el silencio envolviendo la zona. Salí de mi tienda de campaña y me acomodé en un banco junto a la entrada de la carpa. Tenía mi cantimplora en mano y bebí un trago de agua.

Aburrida, así es como me encontraba, mirando al cielo en un cierto punto sin parpadear, pensando en una sola cosa: ahora, ¿a dónde voy?

¿No les ha pasado que de un momento a otro su vida ya no es la misma, que en un abrir y cerrar de ojos su vida se ha convertido en un desperdicio, por decirlo así? En ciertos casos por supuesto que lo es, puede ser por problemas familiares, problemas de dinero, de amigos, enfermedades; muchos motivos por los que prefieres dormir y no despertar más. En mi situación, me aferro a la vida, pero por las más ínfimas razones.

Nací en Siria, llamándome Ashia (como la esposa favorita de Muhammad). Con apenas 23 años, tuve que ver mi vida desmoronarse frente a mis ojos como un castillo de naipes; conflictos bélicos me obligaron a marcharme y dejar lo más sagrado y lo único que tenía: mi familia. Aun así, estaba alegre de llevarme mi vida intacta.

* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 12 a 14 años.

Entonces, encontré un campo para refugiados en Ankara, Turquía, y por un momento sentí una sensación de alivio total hasta que consideré mi primera conclusión espontánea al ver el lugar: esto era una solución temporal y todavía quedaba esperar alguna oferta de reasentamiento en otro país.

La primera noche fue difícil. Fue el giro más radical que dio mi vida... y el más duro de aceptar.

En realidad, no pude dormir las primeras semanas. Me sentía ajena, quería un cálido abrazo de mi madre y poder llorar en su hombro con todo desahogo.

—Sé cómo te sientes —una voz femenina me hizo volver en sí.

—¿Quién eres? —no dudé en preguntarle.

—Soy Farah. Sólo pasaba por aquí y, entre las carpas, pude ver que estabas triste. Perdón si molesté.

Era de altura mediana, su cabello negro estaba suelto y no me apartaba su simpática mirada color marrón. Me veía con atención, manteniendo un agradable gesto en su rostro.

—No. Es que... —respiré profundo e intenté serenarme— todo esto que me pasó siento que se va a quedar por siempre conmigo, salvo que regrese a casa con los míos.

—Comprendo lo difícil que es, pero no eres la única. Somos 20 000 en este campo con el mismo problema que tú —hice un ademán, invitándole a pasar e instigándole a que se sentara conmigo—. Gracias —dijo—, todos estamos en la misma situación y es evidente.

—¿Cómo lo sabes? —cuestioné suspicaz.

—Porque ya has sufrido demasiado. No hay vuelta atrás, amiga —se puso de pie, esbozando una sonrisa en sus labios—. Por cierto, oí que ya hay ofertas de reasentamiento. Las listas las darán a conocer mañana. Cuídate. Que tengas buena tarde.

Estaba llevando la vida de un refugiado, de esos que no podían volver a su país por más que quisieran. Si volvía, peligraba mi vida.

Al día siguiente, la suerte, evidentemente, me acompañaba: me llegó una oferta de reasentamiento en México y estaba ansiosa por oír las instrucciones y preparar todo para irme.

Aunque estaba feliz por mí, me entristecía por los que se quedaban y no tenían otra elección que esperar...

—Partiremos hoy a mediodía hacia Bucarest, después a Fráncfort y, finalmente, tomaremos un vuelo hacia la ciudad de México —aquella mujer pronunciaba tan bien el árabe. O es que decía lo que yo quería escuchar.

“Quince kilos es el peso máximo del equipaje”, las últimas palabras antes de irnos a empacar, fueron difíciles de cubrir para algunos pero, para mí, bueno... yo no tenía nada, en realidad.

Cuando se llegó la hora de partir, y después de haber empacado, busqué a Farah entre la multitud de gente que se despedía de los que lograban irse.

Me aparté de mi lugar en la fila y traté de localizar su guedeja pelinegra con la mirada, sin éxito alguno.

Suspiré y volví a posicionarme en la ringlera para no perder el autobús.

—Buena suerte —oí unos pasos sordos detrás de mí; volteé rápidamente y me encontré con su rostro sonriente.

La curvatura fresca de sus labios me incitó a sonreír también.

Así fue como valoré las despedidas, sobre todo cuando de mi familia no pude hacerlo en el momento que debía.

—Rezaré por que te vayas lo más pronto de aquí —hablé con júbilo.

—Tú enfócate en lo tuyo, mexicana. Yo saldré de aquí después —apreté los labios con una risita, luchando contra una tenue aflicción que me abarcaba.

El momento en que me yuxtapuse en una ventana de aquel autobús respiré hondo y agité mi mano para despedirme de ella. Mi garganta resentía la melancolía con un nudo insoportable que me quebrantaba la voz para entonces. No sabía si la volvería a ver.

Ser refugiado era una experiencia que se marcaba de por vida en cada uno de nosotros. Era, quizá, el tatuaje más doloroso de la vida.

De todas formas, me consideraba tremendamente afortunada. Afortunada por tener una oportunidad como ésta. Por lo demás, me considero en perfecta desventura.

En la mayor parte del viaje me dediqué a dormir y despertarme con la espalda adolorida por la mala posición que mantuve en todo el trayecto. Cuando pasamos a abordar el avión, continué sentándome junto a la ventana. Se había hecho costumbre mía tener mis momentos de reflexión yuxtaponiéndome con un cristal que no hacía más que traerme ganas de llorar.

Tras 41 horas de viaje, exactamente, aterrizamos en tierra mexicana, con la ilusión de armonizar con los nativos, pese a que el idioma no fuera el mismo y la cultura, las costumbres y tradiciones fueran totalmente distintas.

Y las luces de una bella ciudad me abrazaban cordiales. Amplias calles de asfalto que besaban mis pasos. El esmog del aire, colándose en mi respirar con tal seguridad que se disfrazaba de aire puro, me instigaba a seguir resollando con libertad.

Entonces, llegué aquí con la esperanza de sentirme realmente mexicana, sin olvidar mis raíces. Pero eso no significaba que ignorara la existencia de la muchedumbre indiferente que a lo que no conocen le huyen sin importar si nos están lastimando... o no. A veces eran realmente crueles; sin embargo, también existía la gente buena que, sin saber quiénes éramos, nos tendía la mano como buenos mexicanos y dejaba atrás nuestras diferencias.

Ser lo que soy, una persona en situación de refugiada, me deja muchas anécdotas y muchas reflexiones de vida que contar.

En esta vida no se puede poseer todo; o tienes algo y no tienes esto, o tienes esto pero no tienes aquello. El lamentable dolor del egoísmo de la felicidad frustrada, narcisismo excepcional, crueldad modificada.

Afortunados somos todos por algo.

Desde aquí*

Leonardo Daniel Naranjo Martínez

Un día más en el campamento y no veo el fin de esta situación, no veo el día de volver a casa porque siento que el tiempo se ha congelado en este lugar a cientos de kilómetros de la tierra que me vio nacer. Realmente no recuerdo cuántos días han pasado desde el inicio de aquella guerra civil, pero intuyo que se han acumulado hasta llegar a ser meses; veo mi rostro barbado con ojos cansados y tristes, pero con una leve luz de esperanza que la guerra, la espera y el tiempo no han borrado. Sé que hoy, como siempre, miraré la fotografía que logré rescatar de mi rápida huida de casa. En aquella instantánea se ven montañas cubiertas de nubes e innumerables árboles, se ven también las viejas casas de mi querido pueblo y, entre ellas, la fachada azul y el tejado rojo de mi casa. Mi mirada se detiene en aquella imagen y mi memoria trae recuerdos de mis padres y hermanos; las lágrimas no puedo evitarlas y logran caer por mis mejillas hasta llegar al suelo. ¡Cuántos recuerdos! ¡Cuántas ganas de volver a esos años en donde la guerra por cuestiones políticas ni siquiera se pensaba!

Guardo mi foto en aquella caja de madera que se ha convertido en el lugar de mis recuerdos, miedos y esperanzas. De nuevo hay que volver a la rutina: levantarse temprano, acomodar la pertenencias, lavarse y luego formarse para recibir los alimentos que los países continuamente mandan en calidad de ayuda internacional, pero que sin duda no se comparan con la comida que mi madre solía cocinar. En esos momentos la comida se acompaña de las noticias que el único radio en el campamento da sobre

* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 12 a 14 años.

los sucesos en nuestro país: la guerra civil se había extendido a otra región, el número de muertos y desaparecidos aumentaba y la ONU reforzaba su esfuerzo como intermediario y pacificador; en fin, aquella imagen de desolación parecía no poder concluir pronto. Escuchar aquellas noticias e imaginarse aquellas escenas hacían que el guisado de pollo que se nos dio fuese igual de insípido como comer tierra. Un anciano gritó a los lejos: “¡Basta! ¿Hasta cuándo volveremos a casa?”. Nadie lo miró, nadie dijo una sola palabra; el silencio significaba la respuesta a la pregunta que no sólo el hombre sino el campamento entero siempre se hacía.

Después de un día más de rutina, me dirijo al espacio que se me había asignado; en él conviví con gente conocida, ya que también vivía en la comunidad donde habitábamos. Las pláticas en la noche siempre giran en torno a los recuerdos sobre la gente que conocíamos y que sabíamos ya no nos acompañaba. También platicamos sobre la hospitalidad de este país que muy generosamente había colocado un campamento bien organizado y abastecido en la plaza central de una de sus ciudades principales; sin duda, el apoyo que nos han ofrecido era más que el suficiente, ya que incluye atención médica y alimentos y servicios básicos que hacían que la vida de refugiados fuera menos dura, pero no menos triste. Terminamos la plática nocturna y yo me fui a mi cama, listo para dormir y a entregarme a sueños en los que regresaba a mi país, con los míos, para siempre.

Al día siguiente, durante la comida, miembros del gobierno que nos había recibido llegan para informarnos que se nos daría la oportunidad de residir permanentemente y de forma legal en aquel lugar mientras el conflicto armado terminaba en el lugar que aún me esforzaba por llamar hogar. Se nos dice que a partir de los días siguientes se iniciaría el papeleo para poder obtener la calidad de ciudadanos libres y con derechos plenos. El rostro de la gente se llena de felicidad, sonrisas se ven como hace mucho ya no se observaban; inevitablemente mi rostro muestra también aquel regocijo generalizado, pero también es inevitable ponerme a pensar que aquella cordial bienvenida significa también un adiós

a nuestros hogares, a nuestro país. La noticia resulta ser tan fuerte que me hace dudar entre aceptarla o negarme y buscar la manera de regresar a aquella tierra de guerra.

Mi mente divaga más que otros días entre las dos opciones que tenía ante mí, días enteros me pasé recordando pero también eligiendo la mejor decisión mientras veo que el campamento poco a poco se va desocupando; me siento más solo que nunca, y al final decido que es mejor quedarme aquí e iniciar una vida nueva, a comenzar desde cero. Sólo me queda guardar en mi caja de madera aquella foto que reflejaba tiempos mejores en un país que contra mi voluntad me echó, triste destino de un refugiado, de muchos refugiados que vemos cómo se nos arrebatan nuestras vidas, nuestros recuerdos, por causas absurdas como lo son las guerras o cualquier conflicto. Claro que seré un hombre nuevo en un país nuevo, pero muy en el fondo de mi corazón estará la tierra que me vio vivir.



防客 - 批准由下列入境
日期起逗留 90 天
VISITOR - Permitted to remain
for nine: days from date of
entry as of

28.06.02 26
BARCELONA
AUG



Historia de Minné, una refugiada guatemalteca en México*

Mireya Loreley Cruz de la Cruz

Me llamo Minné y tengo 12 años. Mi padre se llama Arsa y mi madre Kinta. Somos indígenas guatemaltecos y vivimos en calidad de refugiados en tierras mexicanas, pues la presencia de grupos guerrilleros en nuestra comunidad nos obligó a abandonar la tranquilidad de nuestro hogar.

Mi familia es gente de paz, trabajadora y productiva. En nuestro país, mi padre era agricultor y mi madre hogareña. Juntos procurábamos la crianza de animales domésticos para poder vivir sin tantas estrecheces económicas. De las ovejas, obteníamos la lana para elaborar vestimentas de manera artesanal sobre el telar de mi madre y el mío, algunas de ellas las utilizábamos para nosotros y otras las comerciábamos entre los lugareños de nuestra localidad; mientras que, de las gallinas, aprovechábamos su carne y huevos.

Aunque soy la primogénita en mi familia, no fui la única hija. Tuve una hermana, seis años menor que yo, llamada Ónix. Ella murió cuando los guerrilleros abrieron fuego en nuestra comunidad, causando pánico y desesperación en todos nosotros.

La curiosidad, más que el miedo a morir, condujo a mi infortunada hermanita a asomarse fuera de los límites de nuestro hogar para saber qué ocurría y por qué había tanto revuelo en el vecindario. Un puñado de balas se alojó en su cuerpo pequeño y ella murió irremediamente ante la presencia de mis padres y la mía. Mi madre, impulsada por la desesperación, trató de abrazarla, pero mi padre la retuvo junto a él y a mí me sujetó con toda la fuerza de su

* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 12 a 14 años.

único brazo libre. Mi madre y yo no queríamos desprendernos de Ónix; sin embargo, nos vimos obligadas a abandonarla y huimos de aquel lugar. En aquellos momentos sinceramente no comprendí por qué razón mi padre había actuado así, pensé que tal vez no le importaba lo suficiente el destino de Ónix y lo odié. Sé que lo juzgué precipitadamente. Injustamente lo acusé de ser cruel y egoísta, pero hoy comprendo que sus razones iban más allá de las mías. Toda su energía se centró en preservar la vida e integridad de quienes ahora formábamos su mundo: mi madre y yo.

Dadas las circunstancias de aquel momento, mi padre valoró la importancia de continuar vivos y, sin pensárselo dos veces, emprendimos el doloroso viaje a otras tierras en busca de una oportunidad para vivir en paz y trabajar en lo que sabíamos hacer y, en mi caso, continuar con mis estudios.

Durante el trayecto, mi padre Arsa nos dijo a mi madre y a mí que había escuchado de boca de otros que la presencia de guerrilleros en las poblaciones siempre implicaba muerte y desolación. Que las mujeres eran violentadas de las maneras más crueles y que no había oportunidad de salir con vida. Que los hombres maduros eran asesinados y que los muchachos jóvenes pasaban a formar parte de las filas armadas.

Ante este panorama desalentador era preferible buscar otra salida. Pero, ¿a dónde ir? Los habitantes de mi localidad sabían que las fuerzas armadas estaban presentes en sitios muy cercanos al nuestro. Y que las posibilidades de continuar vivos en nuestro terruño inexorablemente se vieron aniquiladas.

La proximidad de nuestro país con tierras mexicanas albergó en nosotros la esperanza de intentar llegar a ellas y continuar viviendo. Así fue como mi familia y yo nos vimos obligados a marchar rumbo a la frontera mexicana.

La distancia se acrecentaba cada día más conforme continuábamos avanzando. El silencio que impone la oscuridad de la noche en medio de la espesa vegetación en más de una ocasión oprimió nuestro espíritu y aquietó nuestros deseos de continuar nuestro peregrinar. Sin embargo, unos a otros nos dábamos ánimo para seguir en

pie y luchar por lo que parecía imposible conseguir: llegar a México.

Es posible que algunos de ustedes piensen que lo más sencillo es utilizar un autobús. Sin embargo, quiero decirles que mi comunidad se levanta en las abruptas laderas de la montaña y que únicamente nos comunicamos con otros habitantes a través de estrechos senderos serpenteantes siguiendo la fisonomía del espacio geográfico de la región. La luz eléctrica aún no ha llegado a nosotros ni contamos con los beneficios de poseer agua potable ni drenaje. Ni centros comerciales, ni escuelas, ni muchos otros bienes y servicios como los que hay en las grandes ciudades. De manera que sólo nos bastaron los precarios conocimientos que tenía mi padre Arsa con respecto a la posición de las estrellas en el firmamento para continuar nuestro camino.

La lluvia fue nuestra constante compañera de viaje y nos obligó en más de una ocasión a detener nuestra marcha. Comíamos lo que podíamos y gracias a los conocimientos que mis padres tenían sobre las plantas silvestres comestibles es que sobrevivimos. Mi padre también hizo acopio de su ingenio para poder atrapar algunos mamíferos y aves pequeñas, pues en su niñez practicó la cacería a lado de sus hermanos y mi abuelo. ¡Qué bueno que su experiencia anterior nos brindó la oportunidad de poder alimentarnos y continuar con vida!

Mi padre nos decía que, pese a todo, éramos afortunados porque nuestra marcha coincidía con el verano y que el frío no sería nuestro segundo enemigo a vencer. La cercanía de nuestros cuerpos nos permitió conservar el calor durante las primeras horas de la madrugada. La presencia de los mosquitos poco a poco menguó nuestra salud. Empezamos a enfermar y nuestros cuerpos se debilitaron. Y nuestras raciones de alimento disminuyeron, pero aun así continuábamos trabajosamente nuestra marcha. No sabíamos que ya estábamos en tierras mexicanas, pues evitábamos a toda costa el contacto con otras gentes; siempre estábamos atemorizados ante su presencia por creer que podría tratarse de guerrilleros. La fiebre y la enfermedad empezaron a invadir nuestros frágiles cuerpos y caímos en delirios. La imagen de unas manos borrosas que parecían tomar nuestros cuerpos es lo último que recuerdo.

Poco tiempo después desperté en un sitio muy limpio. Las voces que lograba escuchar tenían un sonido muy peculiar. Sabía que hablaban español pero no a la manera nuestra. Mi corazón latió alocadamente y el pánico me embargó. ¿Dónde estaba? ¿Qué había sido de mis padres? Mis pensamientos se interrumpieron ante la presencia de una mujer que vestía uniforme blanco. Sonriendo, se acercó a mí y me dijo que no me preocupara, que estaba a salvo y que ella era médico, que mis papás estaban en otro pabellón del hospital y que los tres nos encontrábamos sanos y salvos. Me tranquilicé un poco, pero mi preocupación mayor era sin duda alguna la incertidumbre de saber si nos quedaríamos aquí o no y por cuánto tiempo. No quería regresar a mi país pero tampoco renunciar a él, pues una parte importante de nuestra historia personal se quedó allí: Ónix.

Cierro los ojos nuevamente y escucho su voz y la cascada de sus risas pueriles me acompañan. Me estremezco ante su inevitable pérdida y me abrazo a mí, intentado infructuosamente buscar consuelo. Quisiera tenerla a mi lado y poder compartir lo que me queda de vida. Pero sé que es imposible retroceder los hechos y la pena embarga mi ser. Lloro su muerte y las lágrimas recorren mis mejillas; algunas de ellas llegan hasta las comisuras de mi boca y puedo sentir su amargo y salado sabor. No percibo la cercanía de una enfermera que sin pensarlo dos veces me prodiga su afecto y consuelo y me da aliento para salir de este bache. A las pocas horas la presencia de mis padres me reconforta y trato de encarar a la vida lo mejor posible. La mirada de mi madre ha perdido su brillantez y puedo leer en ella la tristeza y el dolor. Mi padre la abraza y nos envuelve con su mirada protectora y amorosa. Los médicos han diagnosticado nuestra pronta recuperación y las autoridades mexicanas de migración nos brindan su ayuda.

Hoy gozamos de plena salud y vivimos con tranquilidad bajo el amparo de las leyes de México. Mis padres y yo estamos agradecidos de que se nos diera la oportunidad de iniciar un nuevo comienzo y de reescribir nuestra historia personal aquí con el pueblo mexicano. Sé que no será fácil nuestra labor, pero afortunada-

mente estamos unidos como familia. Mi papá anhela incorporarse a sus actividades y sé que luchará por conseguir un sitio seguro para nosotras. Mi madre hará lo propio y yo tendré la oportunidad de continuar mis estudios. Aprenderé a aquilatar la cultura de mi país pero también a valorar la que recibiré en México, porque hoy por hoy, y pese a las circunstancias, ambos países son y serán parte de mi historia personal...



Una esperanza*

Jesús Rojas Díaz

Tres disparos rompieron el silencio del cuarto, ante sus ojos pasó la vida completa de ella, sus hijos, su esposo, la felicidad de una familia.

—Nunca debí salir de mi país, no pensé que pasaría todo esto... —se dijo.

El abismo de la angustia la está matando, los minutos son interminables, la desesperación se apodera de su cuerpo. Su destino está anclado por la barrera de lo desconocido. Una esperanza, es lo que pide para navegar en este país.

—Estoy cansada, tengo hambre y mucha sed. ¿Qué hago, qué hago? —se pregunta, y su mente se pierde en el dolor.

El sufrimiento que ha pasado la agobia día y noche, el dolor de perder a una familia es muy fuerte. Hoy se encuentra en México; llegó como refugiada, huyendo del conflicto armado que afecta a su país de origen: Iraq. Trae consigo un gran peregrinar y ahora tiene uno nuevo que emprender.

—Señor, por favor, ¡ayúdeme!, tengo hambre y sed.

Ese señor, muy bien vestido, ignoró a Sara y siguió su camino. La noche cubrió todo con su manto de sombras; Sara ha caminado todo el día, su rostro emana tristeza y un mar de lágrimas está por desbordarse.

—Hola, me llamo Damián, ¿y tú? —le dijo un vagabundo que encontró en esa calle solitaria de la ciudad de México.

* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 15 a 16 años. Es importante mencionar que este año no se otorgaron menciones honoríficas y que el primer lugar de la categoría de 15 a 16 años se declaró desierto con base en la cláusula decimoprimer de las bases de la convocatoria.

—Hola, llamo Sara —dijo con un español un poco extraño, pero entendible.

—Mucho gusto. Me parece que no eres de por estos rumbos, ¿verdad? —Así es, no soy de aquí. Soy refugiada, emigre a México por la guerra que se desarrolla en mi país.

—¡Qué feo está eso! —dijo él—. ¿Quieres comer? Veo en tu rostro que no has comido.

—Tienes razón, no he comido nada y no he tomado agua todo el día.

Sara y Damián se sentaron en una banqueta para comer algo, después conversaron por un largo tiempo hasta que a él lo estaba venciendo el sueño.

—Yo ya tengo sueño y me voy a dormir. ¿Tienes dónde dormir?

—La verdad no y ni sé dónde pasar la noche —dijo Sara.

—Pues vente, yo tengo donde puedes quedarte.

Se levantaron de la pequeña banqueta y caminaron un par de calles hasta que llegaron a un pequeño callejón.

—Bueno, hemos llegado —dijo Damián—. No es una mansión, pero puedes pasar la noche aquí; además, aquí la gente tira mucho el papel periódico y nos sirve como cobijo para no tener frío.

—Me parece bien, en este momento sólo quiero dormir —dijo Sara.

La noche fue muy larga, los perros y los gatos rompían el silencio en el pasar de las horas, los minutos cada vez se volvían más y más fríos, el papel periódico que tenían como cobijo fue vulnerable ante la furia de la temperatura. El amanecer nacía nuevamente, Sara despertó.

—Damián, despierta, ¡buenos días! —dijo Sara, pero él no respondió a su voz, volvió a insistir pero no encontró respuesta por parte de él.

Sara se acercó a Damián, levantó el papel periódico y encontró una sorpresa:

—¡No, no puede ser! ¡Está muerto!

Al ver el cuerpo sin vida, a causa del violento frío, el rostro de Sara se tornó blanco por la impresión. Inmediatamente se levantó del suelo y corrió desesperadamente sin rumbo fijo.

—¡Mi esposo! —exclamó levantando la mirada hacia el cielo—. ¡Está muerto! ¡Mis hijos igual y ahora Damián! Alá, Alá, ¿por qué me haces esto?

Continuó corriendo por varias calles más, hasta que un ligero desequilibrio de su cuerpo la tiró al suelo, una lágrima se desliza por su rostro y el amargo sabor inunda su corazón.

—Hoy cumplo una semana de estar aquí —se lamenta entre dientes—. Aún no puedo adaptarme a esta nueva vida: dormir en una banca de un jardín, buscar el pan de cada día entre los basureros, donde hay ratones y husmean los perros y los gatos, mi ropa está muy sucia y desgarrada. En el momento del cenit me siento en la esquina a pedir limosna pero todos caminan, me ignoran y me arrinconan como una criminal, sin saber por qué estoy así... Y llegué a pensar que aquí estaría mejor, pero ésta es mi realidad y no tengo marcha atrás.

La noche está próxima a salir, Sara camina sin rumbo y sin noción del tiempo. El agotamiento ha hecho que se acueste sobre la banqueta de la calle y en medio del sufrimiento se embarca al mundo de los sueños, esperando que no se vuelvan pesadillas. El aire corre, esta noche ha sido su cobijo, se percibe cálido y sereno.

Los primeros rayos del sol han salido, Sara inicia el día, anhelando una esperanza. Esa mañana acudió al lugar donde se encontraban unos botes de basura. Al estar buscando comida encontró una bolsa con ropa que tiraron por equivocación.

—¿Qué tenemos aquí? ¡Ropa!

Rápidamente buscó cambiarse. En una fuente cercana lavó su cara y en minutos su aspecto cambió. Las horas seguían su curso. De pronto una idea asaltó su mente:

—Tengo que buscar trabajo, porque comer de lo que está en la basura no es vida.

Dispuesta a lograr su objetivo, recorrió las calles buscando establecimientos donde pudieran solicitar gente. Su mirada se ilumina por una cartulina que dice: “solicitamos empleada para cocina”.

—Buenas tardes —le dijo a una joven de escasos 15 años.

—Buenas tardes. ¿Qué desea? —le contestó la joven.

—En la entrada dice que solicitan una empleada y quiero trabajar aquí —dijo Sara.

—Bueno, necesito que llene esta solicitud y traiga los siguientes papeles —respondió la joven.

—Señorita, no tengo esos papeles que me pide —contestó Sara.

—Entonces, hágame el favor de salir de aquí.

En ese momento un sabor amargo recorrió la garganta de Sara, su alma se tornó gris por la tristeza. Un hombre vestido de ropa negra, con zapatos de charol y con elegante sombrero se acercó a ella.

—Buenas tardes, me llamo Artemio. No pude evitar escuchar la conversación que tuviste con la joven de ese lugar al que llegaste a pedir trabajo y, bueno, yo te lo puedo dar.

—¿Y de qué o cómo? —preguntó Sara.

—No preguntes. ¿Aceptas o no? —dijo Artemio.

—Está bien. ¡Acepto!

—Pues vámonos, empiezas hoy mismo —dijo el nuevo jefe de Sara mientras que hacia la parada a un taxi.

La desesperación la hizo tomar esa decisión, y nunca pensó en las consecuencias.

—Pues bueno, éste es tu nuevo trabajo y tu nueva casa —dijo Artemio.

“La cabaretera”, leyó ella al bajar del taxi en el que llegaron.

—La cabaretera. ¿Aquí es donde voy a trabajar? —dijo Sara.

—Así es —respondió Artemio.

Entraron al lugar y se condujeron a un pequeño cuarto donde se encontraban varias mujeres.

—Brigette, encárgate de ella. Arréglala para que esta noche se ponga a trabajar —ordenó Artemio lanzando bruscamente a Sara contra el piso.

—¿Estás bien? —preguntó Brigitte, levantando al mismo tiempo a Sara.

—Sí estoy bien, no te preocupes.

—Me llamo Brigitte.

—Hola, me llamo Sara.

—Ven, ponte este vestido antes de que venga el patrón y vea que no haces nada.

En un dos por tres vistió a Sara con una ropa muy provocativa y maquilló su rostro; Sara, al mirarse en el espejo que se encontraba en la habitación, no se reconoció.

—¿Ésa soy yo?

—Sí, eres tú —le contestó Brigitte.

En ese instante Artemio entró al cuarto y vio a Sara con su nuevo vestuario.

—¡Qué bonita estás! —dijo, besándola a la fuerza—. Ahora ponte a trabajar, que para eso te voy a trabajar.

—Está bien —contestó Sara y se dirigió a una pequeña pista que estaba dentro del lugar, donde la esperaba Brigitte.

—Mira, yo me voy a subir al escenario unos minutos para que veas lo que vas a hacer, y después tú subes.

Brigitte subió al escenario y demostró los dones que la naturaleza le dio, provocando que las hormonas de los hombres que se encontraban tomando licor se dispararan al máximo. Después de unos minutos, la exitosa bailarina bajó.

—Es tu turno, sube —dijo Brigitte.

—Está bien —contestó Sara.

Los hombres del lugar, al verla, empezaron a hacer bullas y a decir: “¡que baile, que baile!”, y comenzó a bailar esas canciones de ritmo sensual que el DJ ponía. Después de un rato de bailar, terminó el turno de ella y subió otra bailarina.

Así pasaron tres días y Sara se hizo amiga de todas las que trabajaba en ese lugar.

—Pero bueno, ¿de dónde vienes? —le preguntó Norma, una de las bailarinas.

—Yo vengo de Iraq —respondió Sara—. Emigré a México por el enfrentamiento armado que se ha desarrollado allá.

—Pero, ¿no tienes familia? —le preguntó Sonia, una mesera del lugar.

—Sí, tuve familia —dijo Sara—. Mi esposo formaba parte del Ejército de mi país; un día hubo un bombardeo y el murió. Tenía

dos hijos, pero una mañana que salí de casa para buscar comida mi sorpresa fue que hubo una balacera afuera de mi casa y... mis dos pequeños murieron —dijo ella al momento en que una lágrima brotaba de sus ojos.

La historia de ella conmovió a todas en el lugar, y con ese testimonio todas empezaron a quererla más.

La noche volvió a caer, todas empezaron a arreglarse para salir a trabajar mientras que Sara pensaba en su vida, y entre los pensamientos se le pasó la noción del tiempo, hasta que le llamó Artemio.

—Sara, ven tantito —le dijo.

—¿Qué quieres? —respondió ella.

—Esta noche vas a realizar otro tipo de trabajito —respondió él con voz misteriosa.

Se dirigieron al segundo piso donde se encontraba una serie de cuartos.

—Entra a este cuarto y espera a un señor —le indicó Artemio.

—¿Para qué voy a esperar a un señor? —respondió Sara.

—No preguntes, sólo espera —ordenó Artemio con tono áspero.

Ella nunca imaginó lo que pasaría esa noche. De pronto, la puerta se abre bruscamente y entra un sujeto con vestimenta ranchera y con una botella de licor en una de sus manos.

—Buenas noches, “chula” —expresó con voz alcoholizada—. Vengo por mi servicio que el Artemio me prometió, por ser cliente con un mayor consumo y antigüedad.

—¿Cuál servicio? Yo no doy ninguno —dijo Sara con voz fuerte y clara.

—¡Ah! Me dijo que me darías un servicio, así que me lo vas a dar.

Al momento de decir esto, se lanzó sobre Sara intentando quitarle la ropa que llevaba puesta, para así poder saciar sus más bajos instintos sexuales. Sara hacía lo que podía para poder escapar y evitar ser mancillada. Entre las patadas que ejercía ella para poder salir, un golpe comprimió los genitales de su agresor, logrando que ella pudiera zafarse. Rápidamente se dirigió a la puerta, pero al querer abrirla se percató de que estaba cerrada con llave. Sara vio cómo el

hombre se acercaba a ella mientras sacaba de su chaleco una pistola nueve milímetros y apuntó directamente a su pecho...

La fotografía de esta etapa de su vida se fue quedando borrosa, entonces comprendió la amarga vida que emprendió como refugiada... Una imagen de sus hijos y de su esposo apareció ante ella, donde sólo distinguió que le extendían la mano, y emprendió un nuevo viaje pero sin regreso. Su cuerpo quedó en medio de un charco de sangre, donde se perdieron anhelos de emprender una nueva vida, buscando paz y tranquilidad lejos de la guerra y, simplemente, buscando una esperanza.



Liberando mi corazón afgano*

Daniela A. Ruiz Martínez

Comencé a abrir los ojos lentamente, no podía distinguir muy bien lo que había a mi alrededor, tenía muchísima sed y mi cabeza sólo me gritaba el nombre de Amira, que es el de mi madre, y el de Nahir, que a pesar de haberme sonado tan poco tiempo era importante para mí. Me dolía la cabeza y no podía pensar. Comencé a preguntarme dónde estaba, por qué siento tanto dolor, dónde están mi madre y Nahir. De pronto una voz masculina un poco distante me llama, me sigue llamando y finalmente me dice:

—¡Zoraida! ¡Qué bueno, ya despertaste! Comenzaba a creer que morirías también —dijo la dulce voz.

—¿También? —abrí los ojos de golpe y todo empezó a verse más claro. Estaba en lo que parecía ser la habitación de un hospital muy lujoso, podía adivinar gracias a la cantidad de cosas conectadas a mí: respiradores, contadores de pulso, sueros. Ninguno se parece a los que hay en Afganistán.

De pronto llega una mujer regordeta vestida de blanco y me pregunta algo en otro idioma que no puedo comprender, comienzo a asustarme.

—Quiere saber cómo te sientes, Zoraida, no te hará daño —sonó la voz de nuevo.

Volteo a ver a la voz y reconozco a Nahir. Estaba en una cama contigua a la mía, me calmo un poco, pero no veo a mi madre.

—¿Nahir? ¡Qué está pasando? ¡Cómo entiendes? —pregunté asustada.

* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 15 a 16 años.

—Estamos en un hospital de Estados Unidos. Aprendí un poco de inglés cuando estudiaba en casa. Llevamos tres días aquí, prácticamente desde que llegamos de Afganistán —contestó serio, pero quiso añadir en broma—. Si te sirve, hoy es jueves 19 de noviembre de 1998 y tú eres Zoraida Safi, de Kandahar.

—¿Dónde está mi madre? —pregunté sabiendo la respuesta.

—Pues, murió —me dijo con tristeza—. ¿No lo recuerdas?

Mi madre murió. Se me desgarró el alma. ¡Claro! Ahora recuerdo. Todo comenzó en 1996, yo tenía 14 años. Iba caminando en el mercado local de Kandahar con Shila, estábamos celebrando porque Rusia ya no se encontraba en nuestra nación e íbamos a comprar fruta fresca para hacer almíbar. En ese momento se lo debíamos todo a los talibanes, un tipo de armada que expulsó a los rusos de Afganistán y que vino a salvar al mundo musulmán.

Mi padre se convirtió en un talibán con el propósito de proteger a las tres cosas más valiosas para él en este mundo: Afganistán, el Corán y su familia, justo en ese orden. Pero después de un tiempo yo ya no reconocía al hombre que decía ser mi padre como tal, no se merecía el nombre porque ahora sólo había una familia para él y era el talibán. Después de un año de ser miembro del talibán comenzó a creer que ni mi madre ni yo teníamos importancia, y que el talibán tenía razón diciendo que las mujeres no valemos nada. Desde entonces (el 18 de marzo de 1997), cuando creímos haber acabado una guerra en el país comenzó otra en mi hogar.

Todos los días mi madre y yo éramos golpeadas y maltratadas, mi padre lo hacía con el pretexto de educarnos a lo que realmente decía el Corán y su frase era:

—Mujeres, entiendan que esto es por su bien y porque Alá así lo desea.

Una vez, mientras caminaba por la calle con Shila, un hombre paso a lado de nosotras y al darle un empujón a Shila mientras pasaba tiró todo el jugo de almíbar que llevaba Shila en los pies de un miembro del talibán. El miembro reaccionó violentamente, gritando que lo que Shila había hecho era una ofensa y que debía pagar. Quiso violarla, pero Shila se defendió. Lo que siguió después

fue que Shila estaba de rodillas llorando, y un disparo después veía correr su sangre y el jugo de almíbar.

A mí me golpearon hasta dejarme inconsciente, y desperté en mi casa cuando mi mamá y un joven desconocido me cuidaban. Ahí fue cuando conocí a Nahir, él me vio en el suelo e inconsciente, y con el pretexto de castigarme me llevó hasta casa. Él tenía 16 años y vivía con su hermano mayor porque sus padres habían muerto a manos de la crueldad del talibán. Los incidentes de ese día fueron la gota que derramó el vaso.

Mi madre decidió escapar junto conmigo, el régimen del talibán estaba acabando con nosotras y con la vida de miles de personas. La noche del 14 de noviembre de 1998, mientras mi padre dormía, mi madre y yo escapamos. Nos dirigíamos hasta el Este de Kandahar, donde podíamos encontrar transporte hacia Pakistán y tener refugio ahí. Mientras corríamos entre las sombras alguien me tomó del brazo. Era Nahir, venía huyendo desde su casa porque su hermano había ayudado a una anciana, Hazara, en la calle y lo mataron en frente de Nahir, provocando que Nahir huyera por su vida y nos alcanzara en el camino. Mi madre lo recibió bien pero yo no sabía qué hacer. Llegamos al transporte y pude tener cuatro horas de muy mal sueño en el hombro de Nahir mientras mi mamá estaba alerta.

Desperté cuando se oyeron disparos, gritos, llantos y de pronto el camión no avanzaba. Nahir, mi madre y yo huimos por la puerta trasera y poco después se oyó la ráfaga de disparos y el silencio de la muerte.

—Zoraida, no llores mi niña, todo estará bien cuando lleguemos a Pakistán —me dijo mi madre mientras me abrazaba.

Al momento, una mano me jaló del pelo y me alzó violentamente, hicieron lo mismo con mi madre y con Nahir. Los talibanes nos habían descubierto. Nos llevaron a una caseta de control y ahí golpearon a Nahir mientras nos torturaban a mi madre y a mí. Ya no tenía fuerza, mis gritos de auxilio los ahogaba el dolor y mi madre sufría en llanto.

—Espero que hayan aprendido lo que les pasa a los infieles, y las mujeres que quieren escapar reciben el castigo de Alá por mano de nosotros —nos dijo un talibán muy orgulloso.

Mi cuerpo no podía más, y cuando estaba de rodillas sentí un peso en la nuca, me matarían. Mi madre se defendía pero Nahir y yo estábamos resignados a la muerte. Cerré los ojos y oí un disparo, luego otro y luego un gran golpe a la cabeza. Alcancé a ver de reojo a mi madre llorar y luego el silencio de su muerte. Perdí el conocimiento. Desperté junto a Nahir.

—Zoraida, ¿está todo bien? —me preguntó Nahir—. Llevas sin decir palabra y llorando como 20 min...

—Nahir, ¿qué pasó después de que me desmayé en la caseta de control?

—Pues, un disparo llegó al miembro talibán que te mataría, te golpeó otro miembro mientras veías como asesinaban a tu madre, y de pronto otros disparos llegaron a los demás talibanes; el único que quedaba huyó. Te tomé y traté de correr lejos de la caseta, pero recibí dos disparos en la pierna y caí. Ya casi perdía el conocimiento hasta que un soldado de Estados Unidos nos rescató y nos trajo a su país —contestó sin expresión alguna.

Mientras me hundía en mi duelo, un hombre de pelo castaño y ojos verdes como los de mi madre entró en la habitación y le preguntó a Nahir algo en el idioma desconocido. Nahir se voltea y me dice:

—Zoraida, necesitan nuestros datos para tramitar que vivamos en Estados Unidos. Él fue quien nos salvó, se llama Tom y ahora que sabe que perdimos a nuestros padres quiere saber si nos interesa vivir con él. Dice que nos buscará escuela y que su esposa estará encantada.

—¿Qué datos necesitan? —pregunté casi esperanzada, era la única cosa buena que pasaba en mi vida en los últimos años.

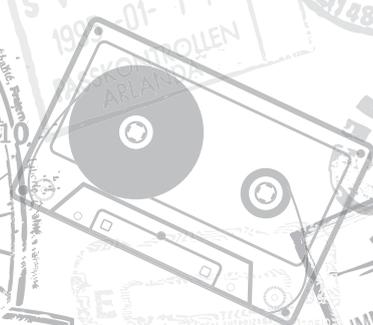
—Nombre completo, edad, lugar de nacimiento y dice que nos tramitarían como refugiados para que recibamos protección —contestó Nahir sonriendo.

—Me llamo Zoraida Safi, tengo 16 años y nací en Kandahar, Afganistán. Y sí quiero vivir con Tom —tenía lágrimas en los ojos.

Mientras Nahir traducía todo, yo sólo me limité a reflexionar lo que pasaría en mi vida en ese momento. Estaba en duelo, soy una refugiada y no sé hablar inglés. ¿Qué pasará conmigo?

Han pasado dos años desde que llegué de Afganistán y todo ha salido bien. Ya casi domino el inglés y me llevo muy bien con Tom y su esposa. Nahir y yo hemos estado juntos desde entonces y no pensamos separarnos. Aún extraño a mi madre y desearía que estuviera aquí conmigo. Me enteré que hay comisiones que nos defienden a los refugiados de la gente que nos persigue en nuestro país. Nos protegen hasta el punto en el que querer libertad y ser mujer ya no es discriminación.

Como mi madre solía decir: “Porque sólo somos libres cuando somos esclavos de nuestros sentimientos e ideales”.



El mismo cielo*

Ana Karen López Salas

La fina línea que separa la silueta de los montes del firmamento aparece cuando el cielo es acariciado por los primeros rayos del sol. Su luz ilumina el campo, las cosechas brillan adornadas por las gotas del rocío como pequeños diamantes incrustados que luego se deslizan lentamente hasta caer al suelo y desaparecer, cumpliendo así su deber de nutrir la tierra. El perfume terroso impregna la fresca atmósfera matinal que nos señala el inicio de otra jornada que comienza apenas amanece, en el momento en que todo resurge al esfumarse las sombras nocturnas.

Despierto sintiendo la vieja madera crujir en el piso bajo mi colchón. Los demás han comenzado a vestirse ya; toman sus sombreros de paja para protegerse del calor inclemente al transcurrir el día, yo lo hago también. Abro la ventana para dejar entrar al aire fresco y dirijo la mirada al exterior. Desde aquí todo es muy parecido a esa tierra, pero al poner un pie afuera todo vuelve a ser diferente otra vez: la gente, las calles e incluso el cielo. Ese cielo teñido de colores anaranjados y púrpuras que se desvanecen y poco a poco vuelven a ser los colores de un cielo distinto al del país que solía ser mi hogar. Apoyo mis brazos en el marco de la ventana, cierro los ojos y, dejando escapar un suspiro, rezo. Rezo esperando que mi oración atraviese ese paraje desértico del que el viento y la arena han borrado mis huellas y llegue hasta ti.

Desayunamos entre conversaciones e historias interrumpidas que cada uno conoce y ha vivido en carne propia. Todos aquí conocen la historia del otro, algunas son más tristes que las demás,

* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 17 a 18 años.

pero de alguna forma convergen en el mismo punto: esta casa, esta vida, este país. Provenimos de tierras extrañas entre sí; compartimos el mismo destino alejado de nuestro origen, de las raíces de las que surgimos y de las que ahora huimos como si fuesen la misma muerte, del recuerdo de lo que alguna vez fue la causa de nuestro orgullo y que es ahora la más amarga de las memorias que conservan nuestras mentes. Pero hay algo que no comparto: su historia. Porque yo no he venido en busca de las más poderosas piezas de metal ni por el más valioso trozo de papel, ni siquiera por un sueño. Yo busco vivir, vivir y saber que vives.

El sonido agudo de un claxon me saca de mis pensamientos. El jefe llegó. Salimos y, en cuanto nos ve, hace señas y nos exhorta a darnos prisa. Tomamos lugar dentro de una camioneta que apenas conserva un poco del color que el tiempo y la intemperie se han ocupado de cubrir de óxido. La camioneta se inclina considerablemente bajo nuestro peso, el motor arranca y los recuerdos aparecen en cuanto comenzamos a movernos, dejando atrás la nube de polvo levantada por los neumáticos.

Recuerdo el calor despiadado, el sudor adhiriéndome la ropa al cuerpo, el aire hirviendo entrando a mis pulmones, la lengua seca, los días bajo la furia solar del mismo desierto que entre sus arenas lleva, olvidadas, las vidas arrebatadas a quienes se internaron en él huyendo de las balas, como lo hice yo. Y sigo aquí, respirando la nostalgia alimentada por los fantasmas del pasado, por la decisión que me hizo renunciar a lo que más amaba... para protegerlo.

Llegamos al lugar de trabajo. Recibimos instrucciones de lo que debemos hacer hoy, instrucciones que no suelen ser muy claras dado que ninguno domina el inglés; aun así, todos van a un área específica, toman sus respectivas herramientas y emprenden el trabajo. Yo voy al almacén, cambio mis botas por unas de goma, agarro unos guantes –del mismo material– que introduzco en mi bolsillo derecho, y por último tomo un balde y me encamino al gallinero. A lo lejos se puede apreciar el humo proveniente de las fábricas del Este de la ciudad, una imagen que lleva a mis sentidos de vuelta a un escenario en llamas. Aún puedo percibir el olor a

pelo quemado, el llanto desesperado y las piernas adoloridas de ese fatídico 23 de enero, el día en que me fue arrebatada la existencia y todo lo que conocía se desmoronó juntándose con las cenizas que el viento arrastró sin que pudiese hacer algo para detenerlo.

No soy un ladrón, tampoco soy un asesino. Sólo soy alguien que estuvo en el lugar incorrecto en el momento incorrecto. Ahí en donde ver y oír se convirtió en un juicio del que el habla es juez y en donde el más leve murmullo es una condena. No haber oído el chasquido del gatillo, no haber visto el charco carmesí extendiéndose sobre el suelo, hubiese supuesto un final opuesto al que fue.

Es curioso... haber experimentado algo así en la ciudad nombrada de igual manera que el autor de las palabras “entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz”. ¡Vaya! Apuesto a que ya nadie lo recuerda. Porque al escuchar ese nombre ya no piensan en esa persona; piensan en hombres con armas y en mujeres cuyo único vestigio se encuentra entre las páginas de un periódico que una tarde circula y a la mañana siguiente cubre la mancha de aceite que deja un automóvil averiado. Mi fotografía no apareció en *El Mexicano*, la tuya tampoco. Fue gracias a eso que pudimos escapar, gracias a eso permaneces en el mundo, lástima que no sea en mi mundo.

Recolecto los huevos y limpio todos los gallineros. Nos reunimos para descansar un rato y beber un poco de agua. Los veo reír aunque sus piernas a duras penas los sostienen después del trabajo, y aunque limpian el sudor de sus frentes cada dos minutos, están cansados pero aún sonríen. Siento envidia, me gustaría poder reír de la misma forma que lo hacen ellos, pero no es así. Desearía poder retornar al pasado, aunque fuese sólo por un momento, sé que verte como antes me haría sonreír, pero es imposible —y saber que no duraría incrementaría mi melancolía—. Sólo me queda olvidar, pero al notar tu ausencia se vuelve tan imposible como regresar el tiempo.

Proseguimos con nuestras tareas, parándonos únicamente para saciar nuestra sed. Alimento a los animales y entonces veo llegar un auto blanco que se estaciona. De su interior sale un hombre de estatura media ataviado con un traje simple que de inmediato se acerca

al jefe. Él me señala y el hombre viene hacia mí. Rápidamente le identifico: es una de esas personas que trabajan en la oficina. Él es uno de los que nos ayudaron a llegar hasta aquí. Lo saludo y él me responde de igual manera. ¿Qué? Parece que tengo que contestar algunas preguntas, desde luego, las preguntas de siempre:

—Sí, he estado en perfecto estado.

—No, el trabajo es duro, pero el jefe es comprensivo.

—Sí, tengo todo lo que necesito, ni más ni menos

—¿Ella, dice? Bueno... ella está... en excelentes condiciones de salud, si es lo que pregunta que no le quede duda alguna.

Hace un par de preguntas más que repentinamente pierden importancia. Contesto sin prestar mucha atención a lo que digo. Anota mis respuestas en una hoja especial acorde se las brindo, y después de unos minutos tapa su bolígrafo y lo guarda junto con la hoja en un portafolio. Se despide estrechando mi mano; yo le correspondo. Sube a su auto y conforme se aleja el vehículo se hace más pequeño hasta desaparecer en el camino. Entonces todo vuelve a lo rutinario: el trabajo, el sol golpeándonos la espalda y las evocaciones de un pasado lamentable.

Llegamos a casa al caer el sol. Estamos agotados. Mis compañeros deciden comer algo antes de tomar un baño, me piden unirnos a lo que yo me niego educadamente. Llevo mis prendas limpias conmigo al baño, abro ambas llaves y dejo al agua correr por mi espalda, me restriego la piel deshaciéndome de la suciedad aferrada hasta sentirme completamente limpio. Me seco el cabello y el cuerpo, luego me pongo la ropa limpia y me voy a la habitación. Al pasar por la cocina, escucho hablar a uno de ellos:

—¿Qué nos queda por amar en ese lugar en el que fuimos olvidados? —pregunta.

—Nada, no queda nada —respondo.

Estoy solo en la habitación. En mis manos tengo una hoja de papel y un lápiz. He decidido escribir una carta, una carta que, de poder, quisiera que recibieras algún día. Así tal vez entenderías, así tal vez no me odiarías:

Mi pequeña golondrina:

¿Cuánto tiempo ha pasado? Ahora tal vez estás lejos, ahora tal vez no me recuerdas, pero yo sí recuerdo: recuerdo tus brillantes ojos color chocolate, tu cabello azabache, el color rosado de tus mejillas y tu carita iluminada con esa amplia sonrisa tuya.

Hay algo importante que debes saber: que cada día pienso en ti, que no te he olvidado, y que si ahora no estamos juntos no es porque ya no te amara, es porque te amo más que a mi propia vida y sólo así tendré la certeza de que estás bien y de que eres feliz... tal como tu madre y yo siempre lo quisimos, mi adorada hija.

¿La recuerdas? Era una mujer hermosa, te amaba tanto como yo. Siempre te cuidó y dio hasta el último suspiro por ti. No te culparé si piensas que soy un cobarde; hui sin ti, pero así, aunque ellos me encuentren, tú estarás a salvo. Sólo te pido que me des la oportunidad de explicarte, para que el día en que te preguntes por qué tus orbes no son claras o por qué tu piel es de un color distinto al de quienes ahora llamas papá y mamá, comprendas.

Comprendas que lo que más quiero es protegerte. Comprendas que si no estoy a tu lado es porque sacrifiqué la dicha de verte jugar, de verte reír, para que en el futuro puedas seguir haciéndolo sin ningún temor. Comprendas que no hay nada que lamente más que no poder verte crecer, no poder ser quien te lleve a la escuela de la mano y no poder confortarte después de haber tenido una pesadilla. No seré esa persona, pero sé que hay alguien que lo será, alguien que te dará lo que yo no puedo darte, alguien que tiene la bendición de abrazarte...

Siento cómo mis ojos se humedecen y pronto las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas. No puedo continuar. Dejo la hoja sobre mi colchón, voy hacia la ventana, y contemplando el cielo, rezo. Rezo por ti, por que, ya sea al norte o al sur, mis oraciones puedan alcanzarte, que vayan contigo cada día en todo lo que hagas. Rezo por que algún día pueda volver a ver tu rostro, por que algún día podamos hallarnos caminando en el mismo sendero...

Por que algún día compartamos de nuevo la misma historia y miremos juntos el mismo cielo.

DIRECCION SEG. ESTADO
- FRONTERAS -
07.15.92 SALIDA 105
A
BARAJAS - MADRID

BAHAMAS IMMIGRATION
ADMITTED



28.06.02 26
BARCELONA
AUGO

FEB 27 2004
HOLLER MUST NOT ENGAGE
IN BUSINESS OCCUPATION



HONG KONG
-2 APR 2004
IMMIGRATION
(3172) CN

ROC IMMIGRATION
APR 02 2004
DEPARTED 332
TAIPEI (1148)

IMMIGRATION DEPT
BUREAU OF IMMIGRATION
TAIPEI



NE OBLIVISCARUS SCOTLAND
NORRST
SVERIGE
1995-01-17
PASSKONTROLLEN
ARLANDA

ROC IMMIGRATION
APR 02 2004
DEPARTED 332
TAIPEI (1148)

IMMIGRATION
ADMITTED

FEB 27 2004
HOLLER MUST NOT ENGAGE
IN BUSINESS OCCUPATION

PERMANENTS TEMPORAR
ING. REING. IND. REING.
RES. RES. RES. RES.
RES. RES. RES. RES.

Lluvia de sol*

Paulina Carolina Camarena Cundapi

En un pequeño pueblito ubicado al norte de Guatemala, llamado El Quiche, vivía una niña llamada Lluvia del sol. Era una linda indígena guatemalteca con ocho años de edad, tez morena y ojos grandes color verde esmeralda.

La historia sobre su nombre la llenaba de orgullo, pues su madre, Amira, le había contado que el día de su nacimiento era lluvioso y frío, pero cuando la tuvo en sus brazos por primera vez, unos rayitos de sol entraron por la ventana, como si quisieran acariciar su rostro. Y supo entonces que el nombre de su hija sería Lluvia del sol.

Lluvia del sol no tuvo la fortuna de conocer a Kanek, su padre, pues tres meses antes de que ella naciera murió a manos de unos guerrilleros, mientras trataba de proteger a su madre y a la abuela. Pero sabía que su padre fue un gran hombre, y que con mucha ilusión esperaba ansioso la llegada al mundo de su querida hija.

Como todos los días, la abuelita maya llevó a Lluvia del sol a la escuela.

Escuchar la risa cristalina de su nieta hacía que el camino a la escuela fuera menos penoso, pensaba la abuela.

Sabía que eran tiempos muy difíciles, pues tenía varios años que se había desatado una ola de violencia y crimen por narcotraficantes, guerrillas y militares surgidos como producto de la inestabilidad existente en el país.

Después de dejar a su querida nieta en la escuela, la abuelita maya, rezando para tener un buen día, acomodó sus canastos. Y se

* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 17 a 18 años.

dispuso a vender los colochos de guayaba, las naranjas confitadas, las melcochas y las canillitas de leche.

Al mismo tiempo, la madre de Lluvia del sol trabajaba una ardua jornada en un cafetal.

Al caer la noche, aunque cansadas, las tres cocinaban los deliciosos dulces que vendería la abuela el día siguiente.

Y mientras los elaboraban, reían divertidas de las figuras chuecas que Lluvia del sol hacía con la melcocha y escuchaban las aventuras de la abuela maya.

¡Era tan divertido!, pensaba Lluvia, quien por un momento guardó silencio, observando a su mamá y a la abuelita reír a carcajadas mientras trataban de retirar el caramelo que se les había pegado en el cabello.

—¡Gracias mamita, gracias abuelita! —exclamó Lluvia emocionada.

—¿Gracias...? ¿Por qué mi amor? —le preguntó con dulzura su madre.

—Porque me cuidan, me quieren y yo las quiero mucho; son la mejor abuelita y mamá del mundo —dijo Lluvia del sol, secando unas lágrimas en sus ojitos, emocionada.

—Ch'umil, mi estrellita —murmuró su mamá mientras la abrazaba y la abuela amorosa le acariciaba el cabello.

Esa noche, a Lluvia del sol le costó conciliar el sueño, como si presintiera que algo malo ocurría pronto.

Era aún de noche cuando disparos y gritos hicieron que las tres despertaran sobresaltadas.

—¡Mamá, mamá! ¡Qué pasa? —gritó Lluvia del sol llena de miedo.

Su madre corrió a tomarla en brazos, haciendo una seña para que guardara silencio, y presurosamente salieron de la casa.

Lo que más temían estaba ocurriendo: hombres armados habían llegado a su aldea.

Todos sabían que torturaban y masacraban a inocentes, buscando culpables.

—¡Son guerrilleros o narcotraficantes! ¡Corran! —gritaban

con terror algunos pobladores, mientras veían cómo los hombres armados incendiaban las chozas.

Hombres, mujeres, niños... todos corrían en diferentes direcciones. Lluvia del sol, horrorizada, veía cómo algunas personas caían atravesadas por las balas; al mismo tiempo, mujeres y niñas eran arrastradas de los cabellos por algunos guerrilleros hacia el monte.

Los gritos de dolor, pidiendo ayuda, taladraban su cabeza.

—¡Corre, Lluvia! ¡Corre, hija! —le dijo su madre tomándola de la mano. La abuela trató de alcanzarlas pero fue inútil; cayó al suelo, inerte, para no continuar jamás.

Amira y Lluvia corrían sin parar hacia la oscuridad, en el monte, entre piedras y espinas. Los pies de Lluvia sangraban ya, su madre rasgó algunas tiras de tela de su vestido para envolverlos.

—¡No puedo más, mami! —le dijo exhausta Lluvia.

—Tienes que hacerlo mi niña. Tenemos que seguir, ¡todavía es muy peligroso!

Lluvia no supo cuánto caminaron; el dolor de perder a la abuela era muy grande, pero sabía que no podían regresar. En cada minuto que transcurría el terror era aún mayor, el peligro asechaba a cada instante.

Al salir el sol, su madre encontró una pequeña cueva. Ahí, en la oscura y húmeda cueva se escondieron, y por tres días se alimentaron de raíces. A lo lejos, aún se podía observar el humo de la aldea incendiada.

Retomaron nuevamente la huida, caminando sigilosamente.

En la mente de Amira sólo una idea cruzaba por su cabeza: debía salvar a su hija. ¡Necesitaban huir! ¡Necesitaban ayuda!

Fueron días largos e interminables; caminaban, alejándose cada vez más de su tierra natal, de su gente. Pasaron por algunos poblados en los que escuchaban que la llegada de la guerrilla era inminente.

Apenas lograban comer lo necesario, sin dinero, sin más ropa que la que tenían puesta; era muy difícil continuar, pero el deseo de vivir las impulsaba.

Debían llegar a México, era su única oportunidad.

Por fin llegaron a la línea fronteriza de México. Temerosas, se dirigieron a la oficina de Migración. Ahí, para su sorpresa, les proporcionaron alimentos y las llevaron ante un representante de la ACNUR, a quien le solicitaron la ayuda y refugio de México.

Mientras Amira narraba la terrible experiencia vivida, Lluvia del sol observaba un rayito de luz que se filtraba a través de la ventana, tocando el cabello de su madre, como si prometiera una vida mejor.

Fueron trasladadas a un campamento de refugiados en donde recibieron protección y asistencia, así como ayuda médica y psicológica.

Con el tiempo, algunas de las personas refugiadas regresaron ya sin riesgos a su país de origen, otras como Lluvia y Amira se quedaron a vivir en ese país que generosamente les brindó asilo.

Años después, Lluvia del sol regresaba de la escuela ubicada en un pueblito del Estado de México. Feliz, contempló a su mamá, quien se encontraba levantando la cortina de la pequeña dulcería “La abuela maya”, que con mucho trabajo y esfuerzo habían logrado crear.

En ella, vendían los colochos de guayaba, las naranjas confitadas, las melcochas y las canillitas de leche que su amada abuelita les enseñó a preparar.

Esbozando una sonrisa, y alzando su mirada al cielo, Lluvia del sol dijo:

—Gracias abuelita, hoy comienza un día más.

Fin.

Algo que ella debe hacer*

Ricardo Antonio González Vela

Si había algo que a la pequeña Julia le encantaba era ver la ciudad desde las alturas. Apreciar las grandes construcciones desde un plano elevado era maravilloso para ella. Ya fuera que estuviese en el mirador de una gran torre o viajando en alguna vía del metro sobre un puente en las alturas, encontraba un deleitoso placer haciéndolo.

Estaba sentada de rodillas sobre el asiento del vagón, observando con sus enormes ojos oscuros el pasar de los edificios, sintiéndose diminuta, pero dichosa. Rita, su madre, que estaba leyendo una revista justo a un lado de ella, evitaba asomarse a la ventana. Casi nueve mil kilómetros separaban a ambas de su antiguo hogar, y desde aquel fatídico viaje, cuatro años atrás, Rita no podía ver la desconocida ciudad que habitaba ahora sin sentir las lágrimas brotar. No obstante, le era grato saber que su hija podía continuar con su vida de la manera más normal, cuestión que se veía reflejada en esos pequeños detalles, como la apreciación del panorama.

El reloj no daba las tres cuando dirigieron sus pasos hacia un poco extenso y colorido barrio a un par de cuadras afuera de la estación del metro. El mercado local abría ese día y, dada la necesidad, Rita tenía que comprar todo lo requerido para sobrevivir una semana más. Hubiera preferido no salir y autoconfinarse en la casa del migrante donde se hospedaban desde su llegada, pero no era justo para Julia sufrir el encarcelamiento que derivaba de los temores de su aturdida madre. Lo que ese día vieron en la placita frente a la iglesia era lo que usualmente se veía en un día de verano común: otros

* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 17 a 18 años.

niños jugando, corriendo y gritando; las palomas de variado plumaje que volaban desde el kiosco hasta los techos, y desde los techos hasta el suelo para pescar las migajas que encontraban; los pasteles espolvoreados de harina que una invisible mano colocaba en los escaparates de la pastelería; las ancianas con sombrero de palma y lentes oscuros sentadas en las bancas públicas disfrutando de un helado; todo aquello de una naturaleza perfectamente disfrutable. Julia, que no tenía (ni quería tener) conciencia de la situación por la que pasaban, corría de un lado a otro, persiguiendo palomas y jugando con los otros niños; de cualquier forma, moviéndose sin parar, riendo sin moderación y disfrutando sin reparar en las expresiones de inconformidad de su madre.

Claro que Rita, con un mayor juicio de sí misma y de las circunstancias, presentaba otros síntomas dado los enormes cambios que habían tenido que presentarse en su vida. Dar un simple paseo por la ciudad, sentarse en la plaza a disfrutar una tarta de frutas o salir de la casa del migrante significaba una lucha constante contra sus nervios; todas las fuerzas de su mente estaban enfocadas en no estallar en pánico. No podía controlar su ansiedad hasta que regresaba a casa y se veía al lado de Julia y de su esposo.

Trató de calmarse, como muchas otras veces lo hizo, recordando las razones por las que habían tenido que ocultarse. Su esposo se había declarado a favor de un pensamiento liberal que a los habitantes de su región no les pareció del todo agradable. Empezaron con insultos, mas cuando vieron que la intimidación no era suficiente para hacer al esposo de Rita adaptarse a las ideas locales fueron aumentando el nivel de sus agresiones. Las amenazas y el odio con que se dirigían a ellos llegaron a ser incontrolables; lo mismo el temor que se fue agolpando hasta invadir por completo sus vidas. No hubo más remedio: tomaron a Julia en brazos y se fueron para no volver. Desde luego que había sido lo mejor, de haber permanecido en su hogar probablemente la vida hubiera durado muy poco. Cuando llegaron al nuevo país, Rita se sentía en el peor de sus momentos, pero confió en que con el paso del tiempo lograría adaptarse y rehacer su vida. Tristemente, cuatro años después,

el miedo siguió presente; Rita consideró en más de una ocasión que lo mismo hubiera sido quedarse que irse, había llegado a una región extraña que le causaba el mismo miedo y la sensación de ser incapaz de adaptarse que tenía antes. No podía esperar con ello un mejor porvenir.

Se acercó a Julia, la tomó de la mano y se alejaron de la pintoresca placita. La pequeña comprendió de inmediato que su madre se sentía mal de nuevo, aunque ciertamente no había dejado de hacerlo nunca. El camino de regreso a la casa del migrante fue rápido, Rita estaba tan ansiosa que no se detenía ni para respirar.

Inmediatamente después de entrar al diminuto cuarto donde vivían, Rita tomó una cazuela con agua, tres papas, y se puso a preparar la comida. Auscultaba el reloj constantemente esperando que llegara la hora en que su esposo volviera a casa, pero la sopa estuvo lista y no había ni rastro de él. Después de haber esperado veinte minutos y comprobar que no pasaba nada, cedieron al hambre y cenaron juntas; no obstante, para Rita era imposible calmarse, daba pequeños y continuos golpes con la cuchara en la orilla del plato. Pasó media hora más pero nada aún. No hizo escándalo inmediatamente, de sobra le era sabido que las cosas en el nuevo empleo de su esposo no habían estado fáciles, dada su calidad de *extranjero*. Probablemente sería requerido que se quedara a trabajar un par de horas extras, lo suficiente para no perder el limitado ingreso del que ahora se valían.

Por un momento pudo respirar tranquilamente, pero pasó un cuarto de hora más y la crisis nerviosa empezó a despuntar. Se quedó parada frente a la ventana, esperando, rezando por que su esposo llegara sano y salvo.

Julia parloteaba desde su lugar en la mesa, contando lo bien que le había ido en la escuela durante la semana; junto con sus amigas pasaba muy buenos ratos y su maestra, una adorable mujer, pensaba que era una chica excepcional. Mas no se percataba de que su madre, aún de pie frente a la ventana, no le escuchaba. Poco a poco Julia empezó a disminuir el volumen de su voz, contagiándose de la agitación de Rita sin conocer la causa; sin embargo,

comprendía que se trataba de ideas muy elevadas e incluso aterradoras, irreconciliables con su espíritu de niña.

Rita perdió el control de sí misma. Su desesperación, disminuida en un momento, se avivó más fuerte que nunca; tomó las llaves, besó maquinalmente a Julia, y se lanzó a la calle en una búsqueda de la que no tenía noción.

Aunque no había oscurecido aún, las calles estaban extrañamente solitarias. Rita miraba con cautela a los escasos transeúntes que se cruzaban en su camino; en parte, tenía que reconocerlo, les temía, más que nada por sentirse inferior, por sentirse una invasora, por creer que todos la juzgarían al saber su verdad. Una llama dentro de ella le enfermó de los pensamientos más tenebrosos, y apresuró el paso con la esperanza de eliminar cualquier posibilidad de que alguno pudiera cumplirse. Se preguntaba con frustración por qué parecía que a menudo todos se ponían de acuerdo para mirarla recriminatoriamente.

Mientras caminaba, empezó a formular una analogía dispersa entre el día de su huida y el día de hoy. Las memorias, aunque un poco atropelladas, fueron brotando y revelándole que, tontamente, no había una gran diferencia. ¿Por qué seguía teniendo miedo? Ya no era válido justificar lo difícil de su situación. “¿Vivir o no vivir?”, siguió preguntándose, ¿era acaso una decisión de la que ella se podía ocupar? No pudo responderse, al menos no de inmediato. A Rita le había perjudicado severamente el imaginar su nueva vida como un vida con límites, ya hubiera sido por las diferencias de idioma, la ciudad llena de enigmas que ahora fungía como su hogar, la gente a su alrededor, los rasgos físicos distintos, la dificultad para desarrollarse plenamente... En fin, una lista que de pronto se descubrió a sus ojos como falsa, porque tanto su esposo como Julia estaban bien. “Entonces... yo también puedo”, murmuró sorprendiéndose.

Ignoraba en qué dirección iba, con qué velocidad caminaba, ignoraba incluso si eran gotas de sudor o lágrimas las que corrían por su redonda cara. Estaba en un estado de inconciencia del que no pudo recobrase hasta que percibió la silueta corpulenta de su esposo, a escasos metros frente a ella.

Rita corrió y se echó en los brazos de su amado, lo acariciaba dando la impresión de estar aferrándosele. Él, al verla, sonrió sintiendo un poco de pena, adivinando de inmediato que había pasado de nuevo; no podía recriminar a su esposa por aquellos arranques de nervios, le era hartamente conocido todo por lo que estaba pasando, con sólo ver la expresión de su rostro podía imaginar todas las rarísimas impresiones que por su mente seguro habían atravesado. La tomó de los hombros y la alejó para poder verla a los ojos; no fueron necesarios extensos sermones ni mucho menos; sólo una mirada de súplica y Rita comprendió la respuesta que le faltaba: el momento de soltar sus temores era requerido, sólo así podría volver a vivir. Si se les había dado una oportunidad, ¿no era acaso preciso que continuara? Le fue grato ver que pudo visualizarlo todo en un mejor panorama. Sonrió, se secó las lágrimas y juntos, codo a codo, volvieron a la casa del migrante.

¿Qué le reservaba el futuro? No lo sabía ni pensaba en ello, pero notaba que todas sus energías hasta entonces dispersas concurrían ahora, con insistente fuerza, a un sólo y único fin: continuar su vida lo más feliz posible en ese otro lugar.

訪客 - 批准由下列入境
日期起逗留 90 天
VISITOR - Permitted to remain
for ninety days from date of
entry at

BAHAMAS
AD
DIRECCION SEG. ESTADO
- FRONTERAS -
07.15.92 105
SALIDA
A
BARAJAS - MADRID
9 FEB
HOLLER NO
IN

1998 اوت 07
تونس

28.06.02 26
BARCELONA
A000

HONG KONG
-2 APR 2004
IMM (3172) CN

HONG KONG
-2 APR 2004
IMM (3172) CN

NEW ZEALAND
SCOTLAND
* * *

IMMIGRATION OFFICER
Customs - Douanes

INVEST
SVERSKONE
ARLANDA
1995-01-17
TROLLEN
Sign

AS IMMIGRATION
ADMITTED

27 2004
1
Tue day
NOT ENGAGE
OCCUPATION

28.06.07

BARCELONA

07 اوت 2007

تونس بطناج

HONG KONG
-2 APR 2004

31721

ROC IMMIGRATION
APR 02 2004
DEPARTED
TAIPEI (148)

准由下列入境
VISITOR permitted to remain
for ninety days from date of
entry as per visa

批准由下
逗留 90
permitted to remain
days from date
as per visa

ROC IMMIGRATION
APR 02 2004
DEPARTED
TAIPEI (148)

BAHAMAS IMMIGRATION
ADMITTED

FEB 27 2004
1
1
Tue day
HOLDER MUST NOT ENGAGE
IN CASUAL OCCUPATION

BAHAMAS IMMIGRATION
ADMITTED

FEB 27 2004
1
1
Tue day
HOLDER MUST NOT ENGAGE
IN CASUAL OCCUPATION

PERMANENT RESIDENT
SPECIAL RESIDENT
TEMPORARY RESIDENT
STUDENT
WORKER
SEASIDE
MARRIAGE



¿Y si yo fuera una persona refugiada...?

Comenzar de nuevo en otro país

Cuentos de jóvenes sobre personas refugiadas

se terminó de imprimir en abril de 2013 en los talleres de
Impresora y Encuadernadora Progreso (IEPSA), S.A. de C.V.,
San Lorenzo 244, col. Paraje San Juan, deL. Iztapalapa,
09830 México, D. F.

Para su composición se utilizaron tipos Goudy Old Style
y Helvetica LT Std de 18, 11 y 8.5 pts.

El tiro fue de 1 000 ejemplares impresos
en papel cultural de 75 g.



testimonios

IMMIGRATION OFFICER
Customs - Douane